

ROGELIO BLANCO

Escritor y Patrono de la Fundación María Zambrano

Las razones de María Zambrano

Resumen

El paradigma “la razón poética” se asocia a María Zambrano frecuentemente. Es cierto que la insuficiencia y limitación de la “razón racional” deja brechas filosóficas sin aclarar suficientemente; tal limitación la filósofa veleña la atisbó prontamente, de ahí que atrevida y certeramente se propusiera caminar por veredas del pensamiento no totalmente novedosas, pero sí marginales para la filosofía académica. Zambrano, pues, atendiendo las posibilidades del ser humano explicita sus riquezas a la hora de explicar el mundo y de comprenderse. En este ejercicio “la pura razón racional o matemática” es insuficiente.

Palabras claves

Biografía, pluralidad de razones, intelectuales de la generación, obras, compromiso, exilio, memoria

The Motives of María Zambrano

Abstract

The paradigm illustrated by the words “poetic reason” is frequently associated with María Zambrano. While there is no doubt that the inadequacy and limitation of the term “rational reason” leaves philosophical gaps and a lack of clarification, the philosopher from Velez-Málaga was quick to see this restraint, which is why she boldly and unerringly set out to explore a course of thought which, although not completely new, resided on the fringes of academic philosophy. Thus, by nurturing the potential of human beings, she reveals her treasures when it comes to explaining the world and understanding oneself. In this exercise, “purely rational or mathematical reason” is simply not enough.

Keywords

Biography; plurality of reasons; intellectuals of the generation; works; commitment; exile; memory.

A Joaquín Verdú dedico estas reflexiones nacidas de una amistad en espacios compartidos. Gracias amigo, gracias Ximo.

Preámbulo

Varias son las calificaciones dadas a la figura intelectual y humana de María Zambrano: «La dama errante», «La dama peregrina», «Señora de la palabra», «Filósofa de la esperanza», etc. Todas se encaminan a destacar las dimensiones de la filósofa. De este modo, sobre el esfuerzo de comprender y de explicar el espacio y el momento biográfico de la pensadora deseo que mis reflexiones giren intencionadamente, por otra parte, respondiendo al título de la ponencia, sobre la biografía intelectual y cronológica; así, vida y pensamiento irán cruzándose a través de la evolución o metamorfosis por las que discurren. La aspiración es la de concitar la onto-filogénesis de la autora con los circunstanciales envolventes. Este recorrido biográfico-intelectual pretende, con sencillez, que sea un referente más allá de la individualidad de quien lo disfruta y sufre; es decir, aspira a ser un referente, que bien pudiera multiplicarse más allá de un hecho o suceso concreto.

Escribe Chesterton que «uno de los extremos más necesarios y olvidados en relación con esa novela llamada historia es el hecho de que no está nunca del todo contada», también la personal, añadido-; pues es memoria. Y la memoria, —individual o colectiva— es el único paraíso del que no podemos ser desterrados, afirma S.P.Fr. Richter. Al acercarnos a estos *topos*, ajenos o propios, hemos de caminar con retroprogresión, —así recomendaba S. Pániker—, mirando hacia atrás, recogiendo y conservando lo recibido y salvando lo valioso a fin de no avanzar a ciegas (Agustín de Hipona).

El pasado nos pertenece y de él se ha de tomar experiencialmente con sentido de entendimiento y de voluntad lo que sea rescatable. La tarea del ser humano es hacer historia. La historia «es el lugar donde se juega visible el drama humano (...) historiar es hacer revivir, hacer resucitar», dice Zambrano. Según Platón «conocer es recordar», deseo que nos acerquemos con carga rememorativa y más en dimensión de *episteme* que de *doxa*.

Primeros datos biográficos

María Zambrano nace en 1904 en Vélez-Málaga, muere en Madrid en 1991. Su biografía, pues, recorre el siglo XX y a ella incorpora la experiencia de los sucesos más relevantes —con frecuencia trágicos: guerras, exilio— dado que también los participa y sufre. Hija de don Blas Zambrano y de doña Araceli Alarcón, maestros de profesión en la Escuela Graduada de Vélez de la que el padre era regente. De esta ciudad, le quedan algunos recuerdos; entre ellos, el limonero y el pozo del patio del hogar y el cante de Juan Breva que actuaba todas las noches en una taberna próxima. Los cantes de este genio del flamenco fueron nanas de cuna que dejaron estigmas andaluces en su alma. En 1908 el padre pasa a ejercer docencia en Madrid. Un año después, 1909, Blas Zambrano toma posesión de la cátedra de gramática castellana en la Escuela Normal de Segovia. En esta ciudad discurre

el resto de la infancia, adolescencia y gran parte de la juventud. Su padre, por otra parte, se implica activamente en la vida social y política de la ciudad. Ejerce cierto liderazgo entre los movimientos más vivos y progresistas. Y en la acción de romper la somnolencia de la ciudad castellana colabora con Antonio Machado, entre otros, quien le dedicará su *Mairena póstumo*. Un consorcio de intelectuales relevantes a los que, en algún momento, se suman León Felipe y Unamuno, del que admirativamente da cuenta la pensadora veleña. En esta ciudad, año clave en la vida de la filósofa, será 1910. Nace su única hermana, Araceli. En Segovia, de 1913 a 1921, realizó sus estudios de Bachillerato, periodo de formación y de lecturas desordenadas de los autores de la Generación del 98, sobre todo de Antonio Machado y de Miguel de Unamuno; autores sobre los que publicó numerosos artículos; con ambos mantuvo correspondencia y son referencias obligadas en las fuentes y permanencias ideológicas de la filósofa. En opinión de quien suscribe estas líneas el peso e influencia de Unamuno y de Machado sobre Zambrano no es menos singular al reiterado de su maestro Ortega y Gasset. A Miguel de Unamuno, Antonio Machado y a su padre, Blas Zambrano, con gracia y respeto, les antepone «don» a sus nombres; tres pilares, tres referencias. El título de «don» se lo concederá a Ortega tras su muerte, antes negado debido a su falta de compromiso con la República. Del periodo segoviano se ha de destacar la publicación de su primer artículo acerca de los problemas de Europa y a favor de la paz a propósito de la I Gran Guerra; anecdóticamente, su última publicación en vida fue otro breve texto: «Los peligros de la Paz» (1990) con motivo de la primera Guerra del Golfo.

En 1921 inicia los estudios oficiales de Filosofía como alumna libre en la Universidad Central de Madrid. Dos años después, nuevo traslado de la familia Zambrano a Madrid. Asiste a las clases de Zubiri, García Morente Besteiro, Cossío y Ortega y Gasset. De todos ellos, será con Zubiri con quien entabla amistad. Además de estos maestros, María prosigue sus lecturas personales disponiendo de la biblioteca paterna, bien dotada de clásicos y de autores del 98; destaca su interés por Spinoza y Plotino. Es invitada, en 1927, a participar en las tertulias de la *Revista de Occidente*. María, influenciada por la lectura de Emmanuel Mounier, acepta el necesario compromiso ético-político e intelectual, un nuevo humanismo, el que lleve a la libertad frente a la vigente dictadura de Primo de Rivera; compromiso que caracterizó a su generación, la «Generación del Toro» la denominó, pues en símil con este animal, se destinaría al sacrificio que años posteriores devendría.

Durante el año 1928, además de participar en la FUE colabora en varios periódicos madrileños (*El Liberal* y *La Libertad*) y el segoviano *Manantial*. Junto con otros jóvenes estudiantes, asiste y participa en tertulias y encuentros con «los mayores», los intelectuales más reconocidos a la sazón (Ramón Valle-Inclán, Gregorio Marañón, Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala, etc., y Gustavo Pittaluga con quien mantendrá intensa y larga amistad, incluso durante el exilio). De esta época son numerosos artículos de corte político-social y en torno a la mujer. Zambrano defiende un feminismo integrador.

Las razones

Mis reflexiones tomarán una vía diacrónica, cruzando los avatares biográficos y las reflexiones de la pensadora manifestadas en sus publicaciones o declaraciones. Un modo ontofilogenético que avanza experiencialmente. De inicio, si bien no es fácil definir un término la razón, pues se halla cargado de abundante historia y, al decir de Nietzsche, solo se puede definir lo que no tiene historia. De nous a logos, de noesis a cogitatio, ratio o intellectus, Verstand o Geist, etc. Arranca como categoría cosmológica y pasa a antropológica, como facultad humana diferencial respecto de otros seres vivos. En este pronto paso también recibe calificativos: naturalista entre los pensadores jónicos, erística en los sofistas, matemática para Parménides o Pitágoras, política para Aristóteles, etc. Para Heráclito el logos es lo común y connatural a la realidad, mientras que para Empédocles es espermáticos, logos disuelto por las entrañas. A lo largo de la historia hay, pues, numerosas calificaciones y divisiones que sería prolijo enumerar pues exigiría recorrer toda la historia de la filosofía. En resumen, se trata de una facultad humana que se manifiesta y explicita en cada ser humano. No obstante, el pensamiento occidental ha fiado todo, con frecuencia, a esta facultad. En María Zambrano, como veremos, no es suficiente para atender la vida, «la vida no tiene partes, sino lugares y rostros». La razón única no es suficiente para atenderla y entenderla. Es necesario la reforma del concepto de razón en el que vivir y pensar sean camino de libertad. La razón vital orteguiana ayuda en esta búsqueda, mas no resultó suficiente a la vez que era necesario desasirse de conceptos de plomo, de insoportable peso, para la imaginación creadora; de ahí que Zambrano prontamente se sale de los moldes, reflexiona, critica y propone para lograr caminos que puedan conducir a la «ciudad (aún) ausente», el paraíso al que nunca se ha llegado, pues del infierno abundamos en experiencias de continuo.

De entre el racimo de primeros y señeros artículos de la joven Zambrano se puede destacar el titulado «*Ciudad ausente*», breve texto en el que se decanta abiertamente la razón utópica, el rocío necesario que ha de humedecer la ciudad para que sea eutópica. La tensión utópica la sostiene en numerosos textos de su prolija obra, de los que destacan la reflexiones sobre la esperanza. La sociedad sufre, ha de mantenerse la luz de la esperanza a fin de no desesperar. La vida se vuelve peligrosa cuando se cierra en lo posible. El ser humano diseña castillos y vive en sus ruinas, si bien en Zambrano la ruina tiene sentido positivo de pervivencia.

La incipiente actividad político-social de la joven andaluza se interrumpe, pues contrae una grave tuberculosis que le aísla un tiempo. Desde este primer forzado «exilio», sigue atenta los acontecimientos. Mantiene el compromiso socio-político a la vez que, dadas las circunstancias político-sociales, lo demanda a «los *padres mayores*» intelectuales. En las primeras páginas de la autobiografía novelada *Delirio y Destino* da cuenta y recuerda la recomendación que Valle-Inclán da a los jóvenes: «Vayan a ver a don Manuel Azaña». En la visita, éste les interroga: «¿Qué quieren?» Zambrano responde: «una moral, una vida para todos» a la que suma la recomendación dada por Ortega: «una razón para captar la realidad múltiple».

Primo de Rivera prohíbe la FUE (Federación Universitaria Escolar) en la que participa, pero María no cede en su compromiso. Se mantiene alerta sobre la realidad circundante de la que realiza una lectura atenta; se apunta que Zambrano prontamente desarrolla fuerte razón lectora, entendida como: la capacidad de recoger los contenidos que sensorial e intelectualmente se perciben al tiempo en que se transforman en conocimientos. Activa y sostiene, pues, la razón lectora al máximo, hasta el compromiso, al modo de don Quijote: recogiendo contenidos que transforma en conocimientos que conducen al compromiso; tres «ces» necesarias y propias de lectura atenta y honesta: de contenido, conocimiento y compromiso; a la vez que hace valer el aforismo de Nietzsche: «de todo lo escrito yo amo aquello que alguien escribe con sangre. Escribe tú con sangre y te darás cuenta que la sangre es espíritu».

Cae la dictadura de Primo de Rivera y Zambrano apuesta decididamente por la República como un espacio en el que su «ciudad ausente» se refleje en la libertad que se requiere para que sea una ciudad musical, es decir, democrática. En la ciudad musical los instrumentos siendo diferentes han de armonizarse en el mismo orden a fin de que triunfe la armonía. Es la razón musical o armónica que aúna el río de voluntades camino de un mar común. En esta época publica su primera monografía, *Horizonte del liberalismo*.

En 1931, ya con experiencia docente en la enseñanza no universitaria, es nombrada profesora auxiliar de Metafísica en la Universidad Central. Prosigue su tesis doctoral sobre Spinoza, que no concluye. La actividad política le atrae y se activa de la mano del líder socialista Jiménez de Asúa. Es testigo presencial en la proclamación de la República en la Puerta del Sol, «de puro éxtasis» califica la experiencia. Al tiempo, declara que la Institución Libre de Enseñanza, la Generación del 98 y el Partido Socialista de Pablo Iglesias como los faros modernizadores e inspiradores de una «nueva ética» para España. Del momento destacamos el mitin que dio en el Ateneo de Valladolid donde sufre un desfallecimiento. Carlos Díez, eminente médico y marido de su hermana Araceli, le diagnostica tuberculosis. En *Delirio y Destino*, obra autobiográfica publicada en su última década vital, narra la experiencia a la vez que cuenta el presentimiento fatalista que le sobrevino el citado día 14 de abril.

J. Zubiri, en 1932, acude a completar estudios en Alemania con Heidegger. María le sustituye en la Universidad Central. Su salud es delicada; no obstante, observa atentamente la situación político-social de España. Esta inquietud, por sugerencia de Ortega y al lado de un grupo de jóvenes intelectuales, le conduce a firmar el *Manifiesto del Frente Español* (FE) que le acarrearía incómodas secuencias. Acude a las tertulias culturales coordinadas por Gómez de la Serna en *El Pombo* y a las de *La Granja del Henar* que lideraba Valle-Inclán.

En el siguiente, 1933, además de colaborar en varias revistas, por ejemplo, *Revista de Occidente* o *Cruz y Raya*, se compromete activamente en las *Misiones Pedagógicas*. Esta acción y compromiso los resume en una frase: «Quiero llevar a Descartes y a Husserl al *humus* de la tierra», al pueblo. Un compromiso que bien pudiéramos denominar como propia de razón humilde (*humus*, lat.: tierra). En este compromiso no la aleja del estudio; investiga sobre el realismo en

el pensamiento español con especial detenimiento en Galdós que, al decir de Ricardo Gullón, María fue la precursora en señalar determinadas características propias galdosianas que concreta en su libro *La España de Galdós*.

A este apasionado y directo compromiso de la razón humilde bien pudiéramos denominarla, también, como razón praxiológica, toda vez que aúna teoría y práctica. Compromiso que se detiene levemente tras el triunfo electoral de las derechas a finales de 1933, más sigue reflexionando y advierte de los peligros del fascismo. Sus críticas al mismo son furibundas que posteriormente, en intensos y bellos textos, explicita contraponiendo la democracia y el fascismo, sobre dos modelos que simboliza en las figuras geométricas del círculo (el fascismo), figura cerrada y ausente a toda pluralidad, que no soporta el cambio ni la crítica; mientras que la elipse (modelo democrático) es abierta y flexible, recoge voces y asume el cambio. Durante este período se radicaliza en posiciones de la izquierda a la vez que se va distanciando ideológicamente de Ortega y Gasset dado que mantiene una posición política tangencial, al igual que Unamuno, Marañón y Pérez de Ayala; una actitud acrítica y silente, en unos casos, o el posicionamiento cercano a planteamientos fascistas. Estos intelectuales pierden liderazgo entre la juventud progresista mientras aún se siente arropada por alguno de los «*padres maiores*», por ejemplo, Antonio Machado. De Ortega y Gasset se aleja; así, su padre intelectual había fenecido y Zambrano toma confianza para caminar por cuenta propia por otras rutas de la razón y de los sentires que considera más próximas a la persona.

De 1934 son dos artículos significativos: «Por qué se escribe» y «Hacia un saber sobre el alma» que publica en la revista de Ortega. Son relevantes en cuanto a que aportan concepciones que serán definitivas respecto a la independencia con su maestro. Las lecturas de Leibniz, Bergson, Spinoza, Max Scheler, Nietzsche y otros empiezan a dar como resultado la insatisfacción o limitación del racio-vitalismo orteguiano.

Durante el año 1935 mantiene reuniones con los jóvenes intelectuales del momento. Además de las anteriormente citadas, será con Pablo Neruda, Rafael Rosales, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Teresa León, Miguel Hernández y los hermanos, Juan y Leopoldo Panero.

El día de la rebelión militar, el 18 de julio de 1936, se adhiere al *Manifiesto de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura* (AIDC) junto con Luis Cernuda, Rafael Dieste, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Juan Chabás, etc., y Alfonso Rodríguez Aldave, historiador, con quien en el mes de septiembre del mismo año contraería matrimonio. Conviene señalar la iterada presencia de los poetas en la vida de la filósofa. Dentro de la Alianza sufrió denuncias por su anterior vinculación con el Frente Español (FE), un grupo político con posterior deriva autoritaria del que prontamente se distanció. Desde la Alianza se elabora un manifiesto de apoyo a la República. Éste lo firman varios de los reconocidos intelectuales. Por sugerencia de los aliancistas se comisiona a María para que logre el apoyo-firma de Ortega, quien lo firma, pero la filósofa no consigue que «el maestro» hable a favor de la República por radio. Aún más, posteriormente Ortega publica el conocido artículo «En cuanto al pacifismo» de apoyo

al franquismo y en el que criticaba abiertamente la postura de quienes apoyan la República. A las anteriores lecturas se unen las de narradores rusos, sobre todo de Dostoievski, las de Kant, los pitagóricos, si bien le atrae sobremanera la filosofía griega por ser el lugar originario de la razón occidental, la razón auroral. La aurora es el momento en el que sale a la vida, el amanecer, donde aparecen todos los colores, en el que se dan los primeros pasos del deambular filosófico.

En el trágico año de 1936 contrae matrimonio con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave. En septiembre del mismo año el matrimonio parte para Chile, Rodríguez Aldave desempeñará un puesto en la embajada. El barco en el que viajan hace escala en La Habana donde Zambrano toma contacto con el grupo literario *Orígenes* y entabla intensa y duradera amistad con Lezama Lima. Durante su estancia en Santiago de Chile publica, con recursos propios, la primera antología poética que se realiza de García Lorca y una primera versión de los *Intelectuales en el drama de España*. Comprende y expresa en esta obra la necesidad de que la razón, llegado el momento, se ha de convertir en razón armada. De ahí que exija compromiso hasta las últimas consecuencias con una España en drama, con una tierra en la que «vivimos una gran época de sangre» (Cervantes). «Por todo el territorio de España corren estos días más ríos de sangre que de agua y hay más sementeras de muertos que de trigo» (M. Hernández). La filósofa toma la metáfora de la diosa Atenea cuando ha de tomar espada, escudo y casco para defender las polis. Ante la dramática situación, bajo el compromiso de la filósofa de que «no quiero salvarme sola», el matrimonio regresa prontamente a España y asumen cargos y compromisos con la República. Compromiso por el que a la citada razón armada bien pudiéramos agregar la razón cívica. Al lado de otros intelectuales (Rafael Dieste, Ramón Gaya, Gil Albert, Serrano Plaja, Emilio Prados, etc.), se implica en todo acto de apoyo a la causa republicana, contra la expansión del fascismo. En el Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia participa y conoce a Simone Weil, Octavio Paz, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, entre otros. Durante el año 1937 en la recensión que realiza a una obra de A. Machado en la revista *Hora de España*, ya da detalles de la que será una de sus propuestas más exitosas: la razón poética.

Durante el año 1938 se traslada con sus padres y hermana a Valencia y posteriormente a Barcelona. La filósofa atisba el definitivo fracaso de la República, a la que Zambrano describe como una niña a la que no la dejaron llegar a mujer, un proyecto esperanzador truncado. En Barcelona muere Don Blas.

La guerra está perdida. El 25 de enero de 1939, el día que capitula Barcelona, María junto a su familia parten para un largo exilio. El matrimonio Rodríguez-Zambrano de Francia, pasando por Nueva York y La Habana, se refugia en México. El día 1 de abril, día en el que las tropas rebeldes ocupan Madrid, María inicia sus clases en la Universidad de Morelia. Su primera lección es la idea de libertad en los griegos. *Pensamiento y poesía en la vida española*, la primera obra publicada en el exilio, señala el carácter del realismo español propenso a lo corpóreo, a lo cotidiano, para lo que no necesita un género sistematizador anglo-germánico más propio de la razón sistemática racional. Ciertamente, España, que sí ha contado con numerosos eruditos y pensadores, ha contribuido

en los últimos siglos con escasos filósofos, y menos aún con filósofas. Esta escasez de filósofos, Zambrano la atribuye al carácter realista del español ajeno a las especulaciones idealistas anglo-germánicas y francesas que tanta presencia han manifestado en Europa. La filósofa, además del tópico referido al realismo español, añade razones materiales más propensas a lo corpóreo y concreto, a lo cotidiano y material, ¿razón cotidiana o inmediata pudiéramos denominar?, pues el realismo español es un modo de ser o estar enamorados de la vida que se manifiesta principalmente en caracteres de popularidad y dispersión, vivir la vida, de eso se trata; pero al tiempo es un saber disperso extendido en formas de géneros y figuras literarias; se trata de abarcar la vida entera; de ahí la importante función de la razón poética, la capaz de atender esta tarea, la insobornable frente al racionalismo.

Zambrano vincula el realismo a la tradición del pensamiento español, al que no sólo no renuncia, sino que critica a quienes tratan de borrar su memoria. El problema no solo es la desmemoria y la negación, sino el olvido: «y la negación es uno de nuestros más graves males, es esta incomunicación con el pasado, el desarraigo de nuestra vida, sobre todo en la región del pensamiento y de la conciencia. Hay cierto grado indispensable de conciencia, de saber sobre la propia identidad que no puede ser eludido sin trágico riesgo. Y el español de hoy, cualquiera que sea su situación política (...) necesita de este examen de conciencia que va más allá de los linderos de lo individual, que cala en la historia misma», escribe en *El pensamiento vivo de Séneca*. Se precisa de una razón anamnética, de la memoria, aunque sea de las ruinas: «las ruinas son lo más viviente de la historia, pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas» (*El hombre y lo divino*). Son reliquias, testigos silentes con voz permanente, viviente.

En España se construye metafísica, si esta se entiende como la vía de adentrarse en el interior de la realidad y no distraerse en espacios siderales. Es la razón metafísica en la que actúa el participio activo del verbo ser como *siente* y no come *ente*, como *ut participium*, como agente activo, frente al *ut substantivum* estático para adentrarse en la realidad desde la *aletheia*, como ruta para desvelar el ser y no solo como *adequatio*. Ya en los humanistas hispanos, Vives, Gracián y otros de la escuela leonesa en Salamanca, también Gómez Pereira, con su *nosco* anterior al *cogito* cartesiano, señalaban que es el ingenio la fuerza inventiva, la creadora, del hombre y no la sola razón. La razón racional razonante, pues, ha de avanzar humilde (de *humus*), interrogadora, *quaerens* y mayéutica, en actitud de partera, de dar a luz a lo que se inicia, al primer día de la vida, a la aurora. En la valoración del realismo español, Zambrano cuestiona la «sagrada razón racional» de las sistematizaciones eurocéntricas, propensas a un desarrollo cargado de intelectualismo, a una visión de la realidad inmovilizada; es decir, cuestiona la actitud propia del erudito que renuncia a lo más originario de la filosofía, a la pregunta; la filósofa propone el rescate de la razón interrogadora propia del *homo quaerens*. El hombre filogenéticamente ha necesitado ir descargándose de las cadenas instintivas para lograr una ontogenia de *sapiens sapiens*, pero para ello ha debido observar la realidad desde la perplejidad, desde la pregunta, desde la

dimensión interrogadora. La realidad no se ofrece estática, de ahí que su observación debe conllevar perspectiva histórica, onto-filogénica. Luego la filosofía se debe cargar de *dinamys* cuando se aproxima a la inquietante realidad que se explicita diacrónica y sincrónicamente. En esta lectura atenta de la realidad, la lectura ha de ser metafísica, encaminada a las entrañas; y, para tal viaje la razón ha de ser entrañable, como defienden Empédocles y Aristóteles, pues el logos como esparmaticos se halla disperso por todas las entrañas, simbolizadas por el corazón, espacio de los latidos vitales, primarios y preconscientes, radicales e inevitables. «La pura razón es la pura monotonía», concluye la pensadora. Es necesario adentrarse en la fuerza de la palabra y quienes mejor descifran la fuerza de la palabra son los poetas, los inventores (*poisis*) de la palabra, los más capacitados para desentrañar la realidad.

El estatus, pues, que Zambrano concede a la poesía es hartamente tratado y conocido, bien lo justifica su obra *Filosofía y poesía*, ya que la vida se halla próxima de la poesía. Este espacio cargado de dones alocadamente abandonó los filósofos envueltos en el vórtice del huracán de la abstracción. Así, Zambrano critica el extravío de los filósofos tras los muros de la razón y en los lodazales de la hermenéutica o del historicismo que les distrae de desentrañar la tradición. Deberán ser los poetas quienes rescaten «el sentir originario», sin abandonar la tradición, en su caso indica la tradición metafísica española. De ahí que la filósofa veleña señale que desde «hace ya mucho tiempo que todo era metafísico en España. No se hace otra cosa apenas: en el ensayo, en la novela». Es decir, para Zambrano siempre se ha producido metafísica en España, porque se ha tenido en cuenta la realidad, la vida, al hombre y a este en su pluridimensionalidad que en ningún caso ha de reducirse en exclusiva a lo racional. Tras estas reflexiones la pensadora recupera a poetas y líneas de pensamientos olvidadas, a la vez que propone el rescate de géneros cuasi-fosilizados tales como la guía, la aporía o la confesión, por ejemplo, al tiempo que recupera planteamientos de pensadores valorados como heterodoxos y, también, propuestas utópicas.

Zambrano, en artículos como «El español y su tradición», «Españoles fuera de España» o «La reforma del pensamiento español» solicita reconstruir la tradición y la historia hispanas para ayudar a interpretar la realidad de modo más comprensivo y creativo. La filósofa se considera heredera de una larga tradición. Confirma la necesidad de tener en cuenta el «efecto pasado o lastre» para atender el presente y prevenir el futuro, razones que confirman un pensamiento que se puede denominar de clásico. Es la razón heterodoxa, —la heterodoxia es una verdad prematura, con frecuencia— propia del «heterodoxo cósmico», —así califica al ser humano—, el rebelde frente a imperativos divinos y biológicos. Si la pensadora da muestras de rebeldía frente a los poderes, cómo no hacerlo ante cualquier pretendido encasillamiento ideológico. La posición zambraniana, pues, trata de la recuperación del sentido originario de la metafísica frente al reduccionismo idealista dominante en el pensamiento europeo postcartesiano.

Se insiste en esta revisión, por parte de Zambrano, de la filosofía perdida en los brazos de la abstracción y en la conversión de la metafísica como trans-realidad extraterrena o transfísica, en vez de viajar a las intra-entrañas de la física, ser

óntica, como señala Zubiri. Es la razón entrañable, ¿así la podíamos nombrar recordando a la cita de Empédocles referida al *logos*, como *espermaticós*, disuelto y diseminado por todo el ser? Un *logos* que formalmente, en expresión de los géneros literarios no solo se presencia en el ensayo, aún más, en el caso español necesita de todos los géneros conocidos y más: la ironía, la epigrafía, la guía, la confesión, etc.; pues, quizá, su fuerza, a diferencia de otros espacios culturales no la resiste el atrapamiento canalizado de un solo género, necesita de todos; además, realizando un viaje más de orden externo que interno, olvidó la cotidianidad, lo próximo, lo cercano, las razones y las pasiones, las «cosas» de los hombres. Razón cotidiana pudiera denominarse y para ello fue necesario que adviniera el poeta a salvar la realidad, a recordar la grandeza de lo pequeño, a reconciliarnos con la inmediatez de la vida. La reflexión en cada momento, por otra parte, debe aprender de las aportaciones de los grandes maestros, mas no vivir de ellos. «Al no tener pensamiento filosófico sistemático, el pensar español se ha vertido disperso en la novela, en la literatura, en la poesía» escribe en *Pensamiento y poesía la vida española*; sobre todo, en la poesía.

Zambrano solicita un modo de conocer más amplio, más integrador, árbol conformado por todos los géneros; incluso, se itera, de los más abandonados y, sobre todo, de la poesía como elemento que integra, que da unidad: «la unidad con que sueña el filósofo «solamente sucederá en la poesía; de ahí la angustia indecible y de ahí también la fuerza, la legitimidad de la poesía. «¿Es de extrañar, —se pregunta— que el amor haya preferido casi siempre el derrotero poético al filosófico?»».

Volviendo al relato biográfico, tras el primer año escaso de exilio en México, en 1940, Zambrano y su esposo se instalan en La Habana; su amigo Lezama Lima, más la amistad sostenida con el doctor Gustavo Pittaluga, son razones secretas para acudir a Cuba. Desde La Habana acude a impartir cursos a Puerto Rico. Publica *La agonía de Europa*. Un tratado sobre la crisis cultural de Occidente y de la orfandad del rey mendigo de la creación, el hombre, «el heterodoxo cósmico». Así las reflexiones sobre el drama español se extienden a la tragedia europea. Pero tras tanta violencia subyacen las raíces o rizomas de una esperanza que pronto surgirá a la luz. Zambrano se manifiesta positivamente respecto a la historia y el modelo más representativo de la historia es la ruina. «La ruina es lo más viviente de la historia, porque sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas». El hombre mismo es una ruina viviente. Un presente ontogenético manifestado filogenéticamente, y hecho realidad que aspira a futurizarse.

Con ecos agustinianos la pensadora recoge la razón histórica y su relevancia para «no caminar a ciegas», además en cada hombre están todos los hombres conformados por barro cultural acumulado y heredado. Este barro, además, de heredarlo ha de ganarse. Desde esta perspectiva, y para entender el presente de España y de Europa, es necesario presenciar la historia. Tanto en *Los intelectuales en el drama de España* como en *La agonía de Europa*, Zambrano reclama una mirada profunda, objetiva y límpida. La mirada ya exigida por G. Santayana. Exigencia que intenta aplicar cuando estudia las causas de la crisis española

y europea, es decir, de la universalidad. En su análisis del drama español, ya advierte de otros futuros que inmediatamente se cumplirían en Europa, y que aún prosiguen. La tierra, manifiesta la filósofa, se ha convertido en ara sacrificial en la que sus hijos derraman sangre o libertad, es decir, lo mejor de sí mismos. Conviene, pues, rescatar lo que queda de la historia, la ruina, como «categoría histórica» y «edificar haciendo historia». «Y al edificar (el hombre) realiza sus sueños. Y bajos los sueños alimenta siempre la esperanza. La esperanza motora de la historia (...). Las ruinas son en realidad una metáfora que ha alcanzado la categoría de tragedia sin autor. Su autor es simplemente el tiempo». Luego a las ruinas no se las debe fosilizar ni opercular, como hacen las abejas en las celdillas de miel, sino posibilitar que nos hablen.

Los escritos de Zambrano abundan sobre estos desencuentros entre vida y violencia y propone como solución la fortaleza de una posible y necesaria razón mediadora. Por otro lado, en esta época retoma el estudio en profundidad a Plotino, el personalismo de Mounier a la vez que entra en debate crítico con el existencialismo pesimista.

En este orden, es de 1944 una carta que dirige a R. Dieste en la que habla de la razón poética que reza así en texto revelador del pensamiento de la filósofa: «Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran ‘nuevos principios’ ni ‘una Reforma de la Razón’ como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes». Y en esta razón se dan cita Empédocles, —«hay que repartir bien el logos por las entrañas»—, Plotino y, de forma peculiar, Spinoza y Nietzsche.

El pretendido «Logos del Manzanares» a Ortega lo lleva a la razón histórica sin querer «ir más lejos», «donde Ortega y Gasset no aceptaba entrar», escribe en *Hacia un saber sobre el alma*; pero, a Zambrano le conduce a la razón poética. Ciertamente Ortega afirma que el hombre no tiene naturaleza, tiene historia; a la vez que le corrige Laín Entralgo: posee naturaleza histórica. Una historia que para Zambrano es un continuum que recoge las esperanzas, los fracasos y todo tipo de manifestaciones expresadas por el ser humano a lo largo del tiempo que necesariamente se han de tener en cuenta...» para no avanzar a ciegas», se itera.

En 1946 a 1948 María se establece en París. Viaja sola. La situación de su hermana y su madre en esta ciudad había sido muy crítica. A partir de la muerte de su madre, se une más a su hermana Araceli. Durante los años de permanencia en París, las hermanas reciben ayuda de Octavio Paz, entonces embajador en Francia, y de otros amigos. María conoce a André Malraux, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir. Entabla amistad con René Char y Albert Camus, a la vez que con los pintores Juan Soriano, Luis Fernández, Ángel Alonso y Timothy Osborne.

En 1949 las hermanas Zambrano retornan a América. A María le ofrecen la cátedra de Metafísica que había dejado vacante García Bacca en Méjico. Renuncia y se instala en La Habana. Araceli no se halla cómoda en Cuba. Regresan a París (1951); pero regresan a Cuba nuevamente. Retoma sus contactos con el

grupo *Orígenes*. Más tarde en 1953, fijan residencia en Roma. Este vaivén significa riqueza, experiencia intelectual y penuria económica.

A partir de 1953 hasta 1964 las hermanas Zambrano residirán en Roma. Durante el exilio romano retoma los contactos con Rafael Alberti, Teresa León, Jorge Guillén, Ramón Gaya, etc., y los inicia con los italianos Elena Croce y Ele-mire Zolla; a la vez que es visitada por jóvenes españoles resistentes al régimen franquista y que por unas u otras razones viajan a Italia: Gil de Biedma, Alfredo Castellón, Tomás Segovia, Agustín Andreu, etc.

En 1954 publica *Persona y democracia*. Obra en la que la autora aspira a encontrar una aurora que ayude a salir de tanta historia violenta y sacrificial. Zambrano apuesta por la democracia como el régimen de esperanza capaz de renovarse y, por lo tanto, de superar las crisis sin violencia. La estrella de esta aurora es la razón democrática. Corresponde, pues, a la democracia un estado sumamente desarrollado de la conciencia, no sólo política, sino humana en general. La democracia ha de ser creadora, pues si crear es privilegio del hombre y lleva consigo lo imprevisible, ha de posibilitarse para que las potencialidades surjan, mas han de crearse las condiciones para que aparezca la creación. El ser humano posee razón creadora, una razón ajena al modelo de las divinidades, pues esta es violenta ya que crea desde la nada, mientras que la humana nunca es *ex nihilo* dado que es receptora de todo el barro originado secularmente por la humanidad; es filogenética por ser receptora y ontogenética dado que se presencia cada amanecer. En breve texto, «Pensando la democracia», define a la democracia como un proceso en revisión y construcción: «la democracia no es un sistema, como falsamente se enseña, sino una forma de resistencia que va cambiando continuamente a lo largo de la historia (...) la democracia es el régimen de la unidad, de la multiplicidad»; pues, «el orden democrático se logra tan sólo con la participación de todos en cuanto persona (...). Ya que la igualdad de todos los hombres, dogma fundamental de la fe democrática, es igualdad en tanto que personas humanas, no en cuanto a cualidades o caracteres; igualdad no es uniformidad (...). La democracia es el régimen de la unidad en la multiplicidad». Los peligros que acechan las posibilidades de la razón democrática, según Zambrano, son: el exceso de ideología, la demagogia, los nacionalismos. Sitúa con fuerza, tras la experiencia dramática vital y bélica del siglo XX los peligros del nacionalismo o modalidades narcisistas. Todo narcisismo lo considera necrófilo.

Volviendo al relato cronológico, en 1955 recibe la noticia de la muerte de Ortega y Gasset. No obstante, de él hablará con respeto sabiéndose su discípula, aunque heterodoxa. Escribe con intensidad para el posible libro *Filosofía y cristianismo* que se convertirá en *El hombre y lo divino*; además, se interesa por los sueños, el tiempo y el pensar. Reflexiones que darán paso a obras como *El sueño creador*, *Los sueños y el tiempo* y *La tumba de Antígona*. Aquí toma presencia, la fuerza de la razón onírica, —próxima a la utópica—, para afianzar la fuerza de que cuanto se desea previamente se ensueña, aunque el hombre, como se señaló, diseña castillos y termina habitando en sus ruinas.

El análisis de los sueños, no es al modo freudiano, desde el contenido, sino desde la forma. Para Zambrano los sueños están vinculados a la vida y puede

darse tanto en vigilia como durmiendo. Unos son propios de la psique o sujeto pasivo y otros activos de la persona, pero en cualquier caso lo característico es que son el germen de la creación por la palabra, ya que la máxima es la del «despertarse con palabra». La palabra tiene origen en el sueño, pero no es sueño, ya que «la palabra se da en la realidad y ante ella como un acto, el más real del sujeto, situado plenamente, por tanto, en el tiempo y en la libertad» (*El sueño creador*). Se precisa descifrar las imágenes oníricas. Descifrar, que no analizar. «Analizarla es someterla a la conciencia despierta que se defiende de ella; enfrentar dos mundos separados de antemano. Descifrar, por el contrario, es conducir a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañándola desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace. Lo que sólo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la afecta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es, al par, metafísica y religiosa».

La situación económica de las hermanas seguía siendo catastrófica. Araceli continúa muy enferma.

La filósofa andaluza posiblemente donde desarrolla su pensamiento con mayor viveza sea en *El hombre y lo divino*; un ensayo de fenomenología que refiere las diversas manifestaciones de lo sagrado en nuestra cultura occidental: un poder dominador y violento que crea *ex nihilo*; en segundo lugar, como imagen y símbolos; en tercero, las imágenes se transfieren en ideas y nace la filosofía que rápido aspira a desasirse de lo sagrado; en cuarto lugar, para Zambrano, se presencia un dios misericordioso y compasivo con el cristianismo; para terminar, en quinto lugar, con la reducción de lo sagrado a la nada, surge un enmascaramiento de negatividad de lo divino. En estos textos se presencia la razón misericordiosa, la necesidad de pasar y repasar la vida y sus acontecimientos por el corazón. Una razón que se refuerza, además de cordial, como compasiva. Esta reflexión la extenderá en *La España de Galdós*. Es el corazón el lugar de la memoria y de la inteligencia, según la fisiónómica hebrea; de ahí, verbos como re-cor-dar, a-cor-darse que incluyen la sílaba *cor* (*lat.*: corazón)

Todos los escritos de Zambrano desde 1953 a 1965 configuran —en una multiplicidad de temas y singulares visiones— una continuada y coherente forma renovada de reflexión sobre la conciencia, la constitución del individuo y la persona. Así, en *Persona y democracia* (1959) y *La tumba de Antígona* (1967) se establece una peculiar relación con la dominante «historia trágica» en la que ha estado presente la razón trágica, la más habida, y a la que se precisa sustituir por una «historia ética». «La historia no es terreno para la felicidad. Los tiempos de felicidad se hallan en sus páginas en blanco» (Hegel). La historia la debemos construir y protagonizar todos, pues «hasta ahora la historia la hacían solamente unos cuantos, y los demás la padecían», afirma Zambrano con ecos de A. Camus. Zambrano en otro texto añade: «el hombre va naciendo en la Historia, en lugar de haber nacido una vez». Esta filogenia marca la teleología, pues el destino de todo neonato ha de ser convertirse en persona. «El hombre es una criatura simpar cuyo ser verdaderamente está fiado a la fortuna, en la vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el de ganarse el pan. Es el trabajo para ganarse el ser a través de la vida», de la Historia. El ser humano es ser *in vía*, *in fieri*, proyecto

inconcluso, ser de necesidades. De esta concepción zambraniana se induce el diseño que, por otra parte, reitera en *Persona y Democracia* insistentemente, del logro de un lugar: la sociedad; y bajo la luz de una aurora: la democracia, la ciudad aún ausente. Un modo de vida en la que «el trato con los demás, define el carácter social, de un ser que necesita vincularse compartiendo espacio y tiempo, es decir, historia, con sus semejantes, en quienes con frecuencia no se reconoce; de igual modo, también con las cosas, a las que usa y abusa, sobre las que pesa y pisa y más que construir, se ha de «humanizar la historia» a fin de que devenga de trágica en ética. De ahí que pretende hacer meta-historia y «extraer de la realidad relativa la verdad subsistente», escribe en *Los intelectuales en el drama de España*, en este caso los ecos son orteguianos.

En esta tarea, Zambrano, en vez de explorar en la historia fáctica elige la historia de la esperanza y de la desesperanza, de las caídas, los vestigios o los éxitos. Y para llegar a su encuentro la razón-racional-razonante-absoluta-eurocéntrica no es herramienta suficiente para analizar los fracasos. Recuerda, pues, las alusiones que Aristóteles apuntaba en su *Ética* a Nicómaco a propósito de la razón pasional y de la pasión razonante, pues para adentrarse en el camino que conduce a los inferos no es suficiente la razón discursiva. El esplendor de los «constructos» de la razón arquitectónica ha generado ensueños de endiosamiento: «seréis como dioses», se nos dice, ¡grave engañifa!; pues, «somos herederos, continuadores siempre. Nada ha empezado con nosotros». «La pura razón es la pura monotonía», añade Zambrano. El quietismo, la oficialización programática del discurrir cotidiano no se avienen a la tensión superadora con que el hombre se enfrenta a la realidad. La realidad, en su totalidad, es pluridimensional, polimórfica, poliédrica. No se puede reducir aritméticamente a número sumativo. Ni en «Las altas matemáticas de la historia» que propugnaba Ortega y cita Zambrano en *Isla de Puerto Rico*. La urgencia para superar una realidad insatisfactoria ha de ser con más recursos que los racionales como proponían en exclusiva los ilustrados.

La filósofa veleña, no obstante, recomienda tener en cuenta el pasado a pesar de que éste sea disparatado, harapiento o absurdo. Esta referencia al pasado rememora la cita epigramática agustiniana: «quien no tiene memoria, no tiene esperanza». «Hoy la sociedad se comporta más que nunca como un dios de sacrificio humano, que no se cansa de devorar al hombre y de él, a lo que más propiamente le distingue de las demás criaturas: libertad, puede llamársele, persona», concluye María. Por otro lado, los ídolos necesitan sangre, lo más valioso de los seres, que en el caso del ser humano es la libertad. ¿Qué aparecerá entonces? sólo podemos pensarlo desde este lado de acá del dintel, como el necesario paso de una historia trágica a una historia ética, estética y poética; trenzada como la yedra, planta vivaz y resistente, por la esperanza. Es la razón utópica, existente en numerosos textos desde el iniciático y breve en «La ciudad ausente» más en numerosos aún inéditos. Esta razón, la utópica, es superior a la profética, que denuncia y anticipa, pues la utópica además de estas acciones, propone en el espacio y el tiempo de los hombres a los que pretende atender.

Se han citado varias modalidades de la razón a fin de cuestionar la racional y matemática dominante. La razón es superar la pura cartesiana mas, —ya lo

refleja la pensadora en 1956 tras la publicación de *Diotima* de Mantinea— el logro es buscar una razón integradora cargada de la diversidad expresada. En orden no menor y dada la intensa relación de Zambrano con los creadores, en este caso con pintores (Picasso, Luis Fernández, Ángel Alonso, Baruj Salinas, Ramón Gaya, los hermanos Lobo, Timothy Osborne, Francisco Hernández, etc.) y tras la abundancia de textos recogidos en *Algunos lugares de la pintura*, también se pudiera hablar de la razón pictórica en Zambrano.

Las hermanas Zambrano, en 1964, son expulsadas de Roma. Provisionalmente se recluyen en una aldea del Jura francesa, la Pièce. En el año 1972, el 20 de febrero, sucede otra desgracia para María. Fallece Araceli. Viaja a Grecia. En 1973 reside nuevamente en Roma y recibe la ayuda de amigos, sobre todo de T. Osborne. De 1974-1978 regresa nuevamente a La Pièce donde ultima y publica su obra más conocida, *Claros del bosque*. De esta obra se puede entresacar un texto breve que bien pudiera alertar del iter filo-poético de Zambrano y que es necesario reflejar: «Hay que dormirse arriba en la luz. Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio. Allá en los profundos, en los íferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo. Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena».

A partir de 1977, fecha en la que muere su amigo Lezama, la salud de María es crítica, sobre todo la visión. Dadas las dificultades, abandona el «convento» de La Pièce y se traslada a Ferney-Voltaire. Su primo Mariano la cuida atentamente. El declive físico se agudiza en 1979. Por las atenciones que requiere, y a sugerencia de su primo Rafael, en 1980 se traslada a Ginebra; atendida por la familia y visitada por amigos (Ángel Valente, José Miguel Ullán, Joaquín Verdú). En el año 1984, gracias al apoyo amigos, sobre todo de Jesús Moreno, y de las autoridades culturales, María regresa definitivamente a España, un espacio que declara del que nunca se separó; a la vez que sostiene con intensidad una de las razones de su existir: la razón exiliada que de modo definitivo sostiene en entrevistas y escritos («Amo mi exilio»). Es una razón que enlaza, la anamnética, la poética, que configura un modo de ser y existir; quien sufre exilio, que en categorías de J. Gaos se distingue de destierro y transtierro, lo asume como categoría propia y como experiencia gnoseológica. Zambrano pasa a engrosar el colectivo de «la Numancia errante», resistente y rebelde; si bien, recordando a Alonso de Castrillo, El Tostado y otros de la Escuela de Salamanca o Flórez Estrada, al mismo A. Machado, el pueblo nunca es rebelde, pues es el poseedor del poder. «La Generación del Toro» fue resistente, nunca rebelde, pues la República se alcanzó democráticamente.

El exilio es categoría y constante histórica de Zambrano en el que se «emparió» (Gaos). El exiliado *exsul umbra*, sombra prohibida, frente al que debe actuar la razón anamnética a fin de recuperar las necesarias ruinas para proseguir el «vivir la vida», máximo mandato de los dioses a los humanos, «pues que de vivir se trata. La vida lo exige. No basta la vida, ella, hay que vivirla. Es lo real de la vida». Es la razón cotidiana. Vivir es anhelar (Ortega y Gasset). Vivir, además,

es resistir (María Zambrano). Razón resistente. La razón, dentro de sus compromisos ha de dejar ser silente y convertirse en delatadora, parrésica, frente a los intentos de soterramiento de unos seres sobre otros, frente a los pretendidos amurallamientos culturales y todo tipo de narcisismos, exigiendo la acción de la razón dialógica basada en el diálogo, la libertad, la pluralidad, la tolerancia, la misericordia, etc. Frente a todo modelo cerrado y geométrico. Es la razón mediterránea que se extiende polifónica durante siglos. Es la razón hispana, la propia de «un pensamiento disuelto, disperso y extendido», escribe en *Pensamiento y poesía la vida española*; la que genera un pensamiento que al decir de Gracián se caracteriza por «discurrir a lo libre» y por todos los géneros, no es suficiente encauzar tanta riqueza en uno solo. Caminos cuyo fin no sea el de convertir en hereje perseguible a todo adversario ideológico. Zambrano pone como valor la aspiración utópica: la ciudad democrática, en la que se permita pisar la raya, en la que se permita que todo individuo pueda ascender a la categoría de persona, a ejercer su propio papel en su ciudad y con sus semejantes, donde no se —se itera— a nadie ni a nada, donde nos entendamos con los semejantes y con las cosas, sin enmarañarnos. En este ejercicio, que no se recibe genético, sino memético han de actuar las razones: la lectora, la metafísica y también la humilde, mirando hacia abajo y hacia adentro, etc. Tampoco ha de olvidarse la razón piadosa, «un saber tratar adecuadamente con lo otro»; la piedad es la capacidad de relacionarse de trato de algo o alguien que no se halla en nuestro plano vital, sea un dios, una planta o un animal.

Si bien la salud de la filósofa se halla resentida, la situación económica y el reconocimiento se consolidan y materializan, más allá del simbolismo, con la concesión y recepción del Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes en 1988. En el año 1990 y ante la amenazante Guerra del Golfo publica el citado artículo «Los peligros de la paz», último texto en vida en el que Zambrano confía en que el hombre, el ser de la necesidad y de la esperanza, puede amarrarse al hilo de Ariadna para salir del laberinto. ¿Cómo? Quizá la respuesta sea la dada por el extraterrestre al terrícola que aparece en el texto «La crisis de la cultura de Occidente»: «tenemos que crear, no solamente hacer, sino crear». La propuesta, pues, es la confianza en la fuerza creadora del hombre, en la razón creadora, ya que «una cultura es un sistema de creencias y de ideas que responde a una esperanza, y la cultura es tanto más alta, clara y perdurable cuanto la esperanza en ella depositada sea más honda y su expresión más clara». Necesariamente desde la aurora el ser humano ha de crear, mas nunca exnihilo —se reitera—, o perecer.

En la aurora de la filosofía, desde el poema de Parménides, arranca la relación filosofía-poesía, a pesar de Platón y otros filósofos. En *Filosofía y poesía*, Zambrano abunda en la relación entre ambas: «en la poesía encontramos indirectamente al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método». La poesía ha de recoger las aportaciones de la filosofía a sabiendas de que «el conocimiento es una forma de amor y también su forma de acción», escribe en la obra antes citada. Y el amor es fuente de conocimiento, bien lo saben los poetas; con frecuencia el amor elige como género predominante a la poesía.

Zambrano apuesta por la razón poética, que ya se apunta en la utópica referida en uno de los protoescritos, «La ciudad ausente», como lugar de encuentro de toda expresión precedida por el prefijo poli-: poli-fónica, poli-édrica, poliforme, poli-etc.; una razón integradora que se disemina en la mediadora, la misericordiosa, la heterodoxa, la interrogadora y lectora, la entrañable, también en la cívica e incluso en la armada, la parrésica o rebelde, la pothósica o anhelante, modos diversos de acción frente a la tiranía de la razón positiva-arquitectónica-cerrada, pretenciosamente omni-abarcadora y, finalmente, mutiladora.

La filosofía, según Epicuro, sino sirve para la vida no sirve para nada; luego el filósofo, si aspira a ser influyente, ha de girar constantemente el calidoscopio de la vida viva, sin angosturas, sin soberbia egotista, sin enmarañamientos sujetos a la hermenéutica, al historicismo; alejado de todo tipo de atadura a pretendidas fórmulas salvíficas y más bien amarrado ontológicamente a los propios ámbitos de la vida, ya que «existen lugares privilegiados en toda realidad, aún en esa extraña realidad que es una obra humana de creación, lugares en que se crea un medio de visibilidad, donde la claridad se hace transparencia y la oscuridad se aclara en misterio, como un claro en el bosque donde brota un manantial y que parece ser el centro que torna visible al 'bosque que los árboles han ocultado', visible porque lo toma vivo. Y vida es igual a unidad» (*La España de Galdós*). A diferencia de Heidegger, 'claro en el bosque' no tiene que ver sólo con el ser, sino con la vida. Gaos, en Confesiones profesionales, llegó a identificar filosofía y soberbia. Zambrano, de este modo, se enfrenta al racionalismo europeo, a su crisis, donde la soberbia de la razón ha sustituido la soberbia de la vida. Si la razón desea ser humilde y creadora no tiene más remedio que corregir errores.

Cioran entendió y recogió la pretensión de Zambrano: «no ha vendido su alma a una idea». La pensadora, sin conversión ideológica a ninguna escuela y recogiendo la tradición, sumando la experiencia propia, crea una filosofía trágica, propia de un pensamiento errante y surgido entre guerras, —a todas las evalúa fraticidas, civiles—, mas a pesar de la existencia de estas solicita de continuo la vida. Incluso en la guerra distingue entre los que van a morir de los que van a matar. Incluso, llegado el momento, comprende que la razón ha de ser armada, dotarse de escudo, yelmo y espada, al igual que Atenea, si es preciso defender la poli. No participa del concepto de la muerte heideggeriana, «el cofre que guarda la nada», la esencia del Dasein, dato empírico y final, incluso un modo de ser. En Zambrano puede ser un acto diario y no definitivo; mientras que, en Heidegger, incluso llegado el momento, es un modo de ser o estar (Esein). El Esein en Zambrano es la vida, por ello se aleja del nihilismo, ya que se puede morir, resurgir y multiplicar, como el grano de trigo.

Ante lo expresado se debiera concluir que se precisa una «reforma del pensamiento» europeo. Esta reforma Zambrano la grita, si bien, de igual modo Ortega y Gasset ya la demandaba frente a la «fuerza y la violencia» que caracterizó en muchas ocasiones a la razón en el siglo XX. En estas líneas finales y tras lo expresado la pregunta que emana es ¿y en qué posición estamos en estos momentos? Se precisa una razón cervantina, auroral; la que sale peregrina (per ager) al amanecer, justo en el momento del día que se expresa con mayor policromía, que

debiera servir para dar los primeros pasos a la búsqueda de claros en el bosque no desde la duda metódica, sino desde el asentimiento de fracaso y con sentido del prójimo, como Quijote, y desde don Alonso atendiendo la polifonía de voces y sentires, sin olvidar los matices que aporta la razón misericordiosa galdosiana, de la mano de Nina, en diálogo noble como Sancho y Quijote, sin asperezas nobiliarias, buscando los dones sagrados que habitan en todo ser alejado de la mónada sin ventanas, del solipsista.

León Felipe, poeta exiliado escribió: «el filósofo dice: pienso.... luego existo/yo digo: lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo/creo que la filosofía arranca del primer juicio. La poesía, del primer lamento. /No sé cuál fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del mundo. La que dijo el primer poeta fue: ¡Ay! ¡Ay!».

En febrero de 1991, el día 6, fallece al atardecer «la filósofa de la aurora» en Madrid. Al día siguiente es enterrada en su ciudad natal, Vélez-Málaga, en una sencilla tumba a la sombra de un limonero y bajo el epigrama del *Cantar de los cantares*: *surge amica mea et veni*.

A María Zambrano se la ha denominado de muchos modos: «la señora de la palabra» o «la dama errante», pero prefiero el calificativo: «filósofa de la esperanza» porque para ella es necesario que crezca la yedra, la esperanza como aroma de los pueblos, a fin de que el hombre no se extrañe en su propia casa. Pues, «la esperanza es la transcendencia misma de la vida que innecesariamente mana y mantiene el ser individual abierto». Zambrano, finalmente, en el Prólogo de 1986 a la reedición de *Persona y Democracia*, manifestó: «hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de esto que pueda suceder en este planeta tan chiquitito, en un espacio que se mide en años luz, que se repita el *fiat lux*, una fe que atravesase una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá». «Y es cuando el mundo está en crisis, —último texto de *Horizonte de liberalismo*—, el horizonte que la inteligencia otea, aparece ennegrecido de inminentes peligros; cuando la razón estéril se retira, reseca de lucha sin resultado, y la sensibilidad quebrada sólo recoge el fragmento, el detalle, nos queda sólo una vía de esperanza: el sentimiento, el amor, que, repitiendo el milagro, vuelva a crear el mundo».

Ciertamente la filosofía de Zambrano es una mirada de experiencias hacia las entrañas del hombre, una mirada radicalmente antropológica, pues es en los precisos claros de este bosque donde se halla un pensamiento cargado de la fuerza y de la riqueza necesarias para, también, adentrarse y caminar por el nuevo siglo, el XXI; un siglo que inicialmente se presenta enmarañado y violento, continuador del anterior, donde abunda cierta orfandad; de ahí que sea necesaria la iluminaria que desde las razones expuestas nos ofrenda Zambrano. Razones para alcanzar la ciudad aún ausente. Razones estéticas, para que la ciudad sea deseable; razones poéticas, para que sea amable; razones utópicas, para que sea soñable y razones éticas, para que sea habitable. En resumen, razones poéticas.■